

XI

Los disgustos íntimos de los señores Astier cesaron un tanto con la estocada que puso á su hijo á las puertas de la muerte. Removido hasta el fondo de sus entrañas de padre, Leonardo se enterneció y perdonó. Por otra parte, como durante tres semanas la señora Astier, constituida en enfermera, no estuvo en su casa de la calle de Beaune más que de paso, para coger ropa blanca ó cambiar de traje, se evitó el peligro de las alusiones y los reproches encubiertos y las medias palabras que, hasta después del perdón y de hechas las paces, hacen retoñar las riñas de la vida conyugal.

Restablecióse Pablo y salió para Mousseaux, llamado por urgente invitación de la Duquesa, lo cual acabó de reconciliar á la perfecta pareja

académica, ó por lo menos hizo que volviese la temperatura igual de tierra fría. Luego vino la instalación en el Instituto, en el empleo y en el cuarto del difunto Loisillón, cuya viuda, nombrada directora de la escuela de Ecoquen, marchándose en seguida, permitió que el nuevo Secretario perpetuo hiciese la mudanza casi al día siguiente de su elección.

No fué muy larga la instalación en aquel cuarto, por tanto tiempo envidiado, escudriñado, vigilado, esperado y conocido en todos sus detalles más insignificantes y en todas sus ventajas y pormenores.

Viendo la precisión con que los muebles de la calle de Beaune ocupaban sus sitios respectivos, parecía aquello una vuelta del campo, en la que los muebles se instalaban y como que se incrustaban por sí mismos en su habitual sitio, dentro de las líneas marcadas por el papel de las paredes.

Nada de mejoras: se limpió un poco el cuarto en que murió Loisillón, y se cubrieron con papel nuevo las paredes del viejo salón de Villemain, del cual hizo Astier-Rehu su despacho;

para gozar del silencio y de la luz del patio.

Al lado había un cuartito alto y muy claro, donde guardó sus autógrafos, trasladados en tres viajes en un coche con ayuda de Fage, el encuadernador.

Cada mañana le proporcionaba una delectación nueva aquel *archivo*, casi tan cómodo como el del Ministerio de Negocios extranjeros, y en el que podía entrar sin encorvarse, sin subir la escalera de su cuchitril de la calle de Beaune, que no podía recordar sin cólera, por aquel sentimiento tan natural de odio á los sitios donde se ha sufrido; ese odio que dura y no perdona. Cabe reconciliarse con los seres sujetos á cambio y que presentan diversos aspectos; nunca con las cosas, eternas en su inmovilidad de piedra.

En la alegría de la mudanza, Astier-Rehu pudo olvidar sus cóleras, las culpas de su mujer, hasta su odio á Teyssedro, autorizado para venir todos los miércoles, como en la casa vieja; pero no más que con pensar en la jaula donde éste le obligaba á refugiarse un día á la semana, el historiador hacía crujir su mandíbula saliente...; reaparecía *Cocodrilo*.

¡Y pensar que á Teyssedro el honor de limpiar los suelos del Instituto, del palacio Mazarino, le dejaba frío y le impresionaba tan poco, que seguía removiendo la mesa y los papeles y los innumerables dictámenes del Secretario perpetuo, con la misma tranquila arrogancia del ciudadano de Riom ante un vulgar «Chauvagnat!»

Astier-Rehu, molesto, pero sin atreverse á confesarlo, por ese desdén aplastante, trataba á veces de hacer comprender á aquel bruto la majestad del sitio en que trabajaba.

—Teyssedro, le dijo un día. Este es el antiguo salón del gran Villemain. Se lo recomiendo á usted.

Y al mismo tiempo, para apaciguar al terrible auvernés, dijo cobardemente á Corentina:

—Dale un vaso de vino á ese buen hombre.

Corentina, estupefacta, llevó el vaso de vino, que el limpiasuelos bebió de un sorbo, apoyado en su escoba, los ojos dilatados por la alegría: después se enjugó los labios en la manga, y dejando en la mesa el vaso vacío, en que se notaba la huella de su lengua golosa, dijo:

—Vea usted, *siñor Achtier*; ¡un vaso de

vino fresco! No hay en la vida nada mejor.

Y su voz vibraba con tal acento de verdad, mostrando tal bienestar, que el Secretario perpetuo entró en su archivo cerrando con fuerza la puerta, en un raptó de mal humor.

Porque, en último término, no valía la pena de haber sudado tanto, haber salido desde tan bajo para llegar tan alto, al *summum* de la gloria literaria, y ser el historiador de la *Casa de Orleans*, la clave de la bóveda académica, para ver cómo un vaso de vino fresco podía ser para un rústico el equivalente de todo esto. Pero al poco rato, oyendo al limpiasuelos hablar con Corentina y decir «que se le importaba três pitos del antiguo salón de Villemain,» Leonardo Astier se encogió de hombros, y su envidia anterior se deshizo ante tanta ignorancia, transformándose en una profunda y benigna compasión.

En cuanto á la señora Astier, que había crecido y se había educado en el Instituto, y que volvía á encontrar un recuerdo de la infancia en cada losá del patio, en cada escalón de la venerable y polvorienta escalera B, le parecía que,

después de una corta ausencia, había vuelto á su casa. Por esto saboreaba mejor que su marido las ventajas materiales de las instalaciones, el no tener que pagar alquiler, ni luz, ni leña, una gran economía para las recepciones del invierno, sin contar el sueldo más crecido y las altas relaciones y las buenas influencias, sobre todo para su Pablo y para obtener encargos de obras.

Antes, cuando la señora Loisillón celebraba los encantos del cuarto, no dejaba de decir:

—En él he recibido hasta á Soberanos.

—Sí, en el cuarto excusado, contestaba ágricamente Adelaida, estirando su largo cuello.

Efectivamente; los días de gran sesión, larga y cansada, no era raro ver á alguna alta dama, una princesa real de viaje, ó señora de mucha influencia en los Ministerios, que subía á hacer á la mujer del Secretario perpetuo una corta visita interesada. A hospitalidades de este género debía la señora Loisillón su puesto actual de directora, y la señora Astier no había de ser tan tonta que no supiese sacar partido del lugar más común... de su cuarto.

Una cosa la mortificaba en su actual triunfo,

su riña con la Duquesa, que la impedía ir con Pablo á Mousseaux; pero llegó oportunamente de Clos-Jallanges una invitación que le acercaba á su hijo, por la vecindad de los dos castillos, y esperó volver poco á poco á reanudar las amistades con la bella Antonia, hacia la cual sentía retoñar el antiguo afecto, viéndola en tan buena armonía con su Pablo.

Leonardo, á quien retenían en París su empleo y el trabajo de Loisillón, retrasado de muchos meses, dejó marchar á su mujer, prometiendo ir de vez en cuando á pasar algunos días con sus amigos; pero en el fondo decidido á no alejarse de su caro Instituto. ¡Se estaba allí tan bien y tan tranquilo! Había dos sesiones por semana, que no le costaban más trabajo que atravesar el patio; sesiones de verano, íntimas, familiares, de cinco ó seis académicos de los de la ficha, que medio se dormían bajo la caliente claraboya. El resto de la semana, libertad absoluta, que aprovechaba el laborioso viejo para corregir las pruebas de su *Galileo*, al fin terminado, y pronto para publicarse á entrada de estación, y además una segunda edición de su

Casa de Orleans, enriquecida con nuevos documentos que duplicaban su valor.

El mundo envejece: la Historia, esa memoria de la humanidad, sometida como tal á todas las enfermedades, debilidades y lagunas de la memoria, debe siempre apoyarse en textos y en documentos originales, refrescándose, y subiendo á las fuentes, sopena de errar ó repetirse. Por esto sentía Astier-Rehu un gran orgullo y una cierta dulzura en las ardientes tardes de Agosto al releer en las pruebas toda aquella documentación segura y original, antes de devolverlas al editor Petit-Séquard, con la portada, en que por vez primera, debajo de su nombre, figuraba la inscripción de *Secretario perpetuo de la Academia Francesa*; título al cual sus ojos no se habían acostumbrado todavía, y que le deslumbraba siempre, como le deslumbraba el patio iluminado por el sol, al cual daban sus ventanas, el inmenso segundo patio del Instituto, recogido, majestuoso, apenas alterado por algunos chillidos de los gorriones ó de las golondrinas, y cuya solemnidad aumentaba un busto en bronce de Minerva, y las diez columnas alineadas junto á la pared del fondo, domi-

nada por la gigantesca chimenea de la vecina Casa de la Moneda.

A las cuatro, cuando la sombra empezaba á alargarse el casco de la diosa, se oía resonar en las piedras del patio el paso seco y nervioso del viejo Juan Rehu.

Vivía encima de los Astier, y salía con regularidad todos los días á dar un largo paseo, acompañado, pero á regular distancia, por un criado cuyo brazo se obstinaba en no aceptar. Cada día más sordo, y cerrado á todo por la influencia del verano, que aquel año era muy caliente, sus facultades se debilitaban, principalmente la memoria: se enredaba en las narraciones y se perdía á través de sus recuerdos, como el viejo Livingstone en las marismas del África Central, dando vueltas hasta que se le ayudó. Como esto le humillaba y le ponía de mal humor, apenas hablaba con nadie, y monologaba al andar, señalando con una parada brusca y un movimiento de cabeza el fin de cada anécdota, y el inevitable: «Yo lo he visto esto, yo.»

Por otra parte, siempre erguido, conservando de los tiempos del Directorio la afición á las

bromas, divertíase en privar de vino ó de carne, y en someter á un régimen imposible, á la multitud de badulaques rabiosos por vivir, que le escribían diariamente para saber á qué higiene debía su prodigiosa longevidad; y mientras á unos les sujetaba á las legumbres y á los otros á la leche, ó á la sidra, ó á los mariscos, no se negaba nada, bebía vino sin agua en su almuerzo, siempre acompañado de siesta, y por la noche con un buen paseo que Leonardo Astier sentía encima de su cuarto.

Así pasaron desde la instalación del Secretario perpetuo, dos meses, Agosto y Septiembre, llenos de paz, dichosos y fecundos, con una alegría que quizá Leonardo no había saboreado en su larga existencia.

La señora Astier, todavía en Clos-Jallanges, hablaba de próxima vuelta: ya el cielo de París se manchaba con las primeras brumas; regresaban algunos académicos; y ya las sesiones eran menos íntimas, y en las horas de trabajo en el antiguo salón de Villemain, Leonardo Astier no tenía necesidad de cerrar sus persianas á la soleada ardiente del patio.

Una tarde estaba en su mesa, é iba á escribir al vizconde Freydet buenas noticias sobre su candidatura, cuando la vieja campanilla de la puerta sonó con violencia.

Corentina había salido, y fué á abrir la puerta él mismo, sorprendido al encontrarse con el barón Huchenard y Bos, el archivero-paleógrafo, que entró en el despacho, lívido, los brazos en alto, gimiendo con su barba roja y su cabellera virgen.

—Los documentos son falsos. Tengo la prueba, la prueba.

Astier Rehu, que se quedó un momento sin comprender, miró al barón, que se puso á mirar al techo, y luego, cuando entre los lamentos del paleógrafo llegó á comprender que se trataba de negar la autenticidad de los Carlos V, vendidos por la señora Astier y revendidos por Bos á Huchenard, sonrió con orgullo y dijo que estaba dispuesto á reembolsar el valor de los tres autógrafos, cuya integridad y legitimidad nadie, absolutamente nadie, podía poner en duda.

—Permítame usted, señor Secretario perpetuo, que llame su atención...

Y el barón Huchenard, mientras hablaba,

desabrochó su levita, sacó de un ancho sobre los tres pergaminos lavados, desconocidos, pasados de un tono de humo al blanco absoluto, y dejando ver en cada uno de ellos, legible y limpia en medio de la página, al pie de la firma de Carlos V, esta marca:

B. B.

Angulema.

1836

—Ha sido el químico Delpech, nuestro sabio colega de la Academia de Ciencias...

Pero estas explicaciones sólo llegaban como un rumor confuso al pobre Leonardo, que se había puesto pálido, exangüe hasta la punta de sus gruesos dedos, entre los cuales temblaban los tres autógrafos.

—Tendrá usted los veinte mil francos en casa esta noche, señor Bos, pudo articular con lo poco que le quedaba de saliva en la boca.

Bos exclamó humildemente:

—El señor Barón me había dado veintidós mil...

— ¡Veintidós mill Bueno, dijo Astier-Rehu, que sacó fuerzas de flaqueza para acompañarles hasta la puerta; pero en la oscuridad de la antecámara detuvo á su colega de la Academia de Inscripciones, y con voz humilde imploró su silencio sobre aquel desdichado asunto, por el honor de la Academia.

— Con mucho gusto, caro maestro; pero con una condición...

— Diga usted, diga usted.

— Recibirá usted dentro de un rato una carta en que me presento para el sillón vacante de Loisillón.

Un vigoroso apretón de manos fué la contención del Secretario perpetuo, comprometiéndose por sí y por sus amigos.

Se quedó solo el desdichado, y se dejó caer ante la mesa llena de pruebas, sobre las que se destacaban las cartas á Rabelais. Las leyó maquinalmente, medio tonto: *Maestro Rabelais, cuyo espíritu sutil y fino...*

Las letras bailaban en torbellino en la tinta descompuesta en grandes manchas de sulfato de hierro, que veía subir y llegar hasta su

colección, todos sus diez ó doce mil autógrafos, todos ¡ay! del mismo origen... Y puesto que estas tres eran falsas... entonces su *Galileo*, su *Casa de Orleans*, y su carta de Catalina II regalada al Gran Duque... y la de Rotrou, que había regalado públicamente á la Academia... Entonces... Un horrible esfuerzo de voluntad le puso de pie... ¡Fage! Ante todo había que ver á Fage.

Sus relaciones con el encuadernador llevaban algunos años de fecha: databan de un día en que el hombrecillo había ido al archivo de Negocios para pedir el parecer del ilustre y sabio director sobre una carta de María de Médicis al Papa Urbano XIII, en favor de Galileo. Precisamente Petit-Séquard, en una serie de compendios de historia recreativa, había anunciado un *Galileo* por Astier-Rehu, de la Academia Francesa. Por esto, cuando con su gran experiencia hubo reconocido y afirmado la autenticidad del documento, y cuando supo que Fage poseía también la contestación del Papa Urbano, una carta de Galileo dando las gracias á la Reina y otras muchas, le vino la idea de hacer un

buen libro de historia, en vez del compendio.

Pero al mismo tiempo, presa de un escrúpulo de hombre honrado sobre el origen de los documentos, miró al aborto cara á cara, escudriñó con tanta minuciosidad como si fuese un documento autógrafo aquella cara blanzuca y sus párpados rojizos y caídos, y luego, con un severo cerrar de quijada, preguntó:

—¿Estos manuscritos, Sr. Fage, son suyos?

—¡Ah, no, caro maestro! Yo no soy más que el intermediario de una persona, una anciana dama noble, obligada á deshacerse pieza por pieza de una riquísima colección que obra en la familia desde el tiempo de Luis XVI. Item más: no he querido mezclarme en el asunto sino después de saber el parecer de un sabio íntegro é ilustre entre todos; pero ahora, con la aprobación del maestro, pienso dirigirme á algún coleccionista rico... el barón Huchénard, verbigracia.

Astier-Rehu le interrumpió:

—Es inútil: tráigame usted todo lo que haya sobre Galileo. Sé dónde colocarlo...

Llegaba gente que se sentaba junto á las mesitas, el público de los archivos, curioso y escudri-

ñador, siluetas silenciosas y blanzucas de obreros de catacumbas, oliendo á mohó, á exhumación.

—Arriba, en mi gabinete... aquí no, murmuró el archivero al oído del jorobado, que se marchó, enguantado, lleno de pomada, con la raya que le partía la frente, y con el orgullo y la suficiencia que son frecuentes en los jorobados.

La colección Mesnil-Case, que era el nombre de la dama, revelado por Albino Fage bajo el más absoluto secreto, era un tesoro, un tesoro inagotable de documentos de los siglos XVI y XVII, variados, curiosos, iluminando el pasado con luz nueva y echando abajo, á lo mejor, con una palabra ó una fecha, las ideas admitidas sobre hechos y sobre nombres.

Por costosos que fuesen, Leonardo Astier no dejó escapar ninguno de dichos documentos, que casi siempre tenían algo que ver con sus trabajos ó sus planes.

Todo esto, sin la menor sombra de duda sobre los cuentos del hombrecillo; sobre aquellos fajos de autógrafos que, según él, se llenaban de polvo en la buhardilla del viejo palacio de Menilmontant.

A veces alguna observación venenosa del príncipe de los coleccionistas de autógrafos despertaba en él una sospecha; pero desaparecía ante la sangre fría del encuadernador instalado en su taller ó preparando una ensalada en la quietud del gran claustro verdeante, y, sobre todo, ante la explicación natural que daba de algunas raspaduras que se notaban, debido á lo que sufrió la colección Mesnil-Case al pasar el mar cuando la emigración.

Tranquilizado y confortado, Astier-Rehu cruzaba el patio del Tribunal de Cuentas con paso vivo, sacando de cada visita una nueva adquisición y dejando un *cheque* de 500, 1.000 y hasta 2.000 francos, según la importancia del documento histórico.

En el fondo, á pesar de lo que á sí mismo se decía para tranquilizar su conciencia por aquellas prodigalidades que ninguno de los que le rodeaban sospechaba todavía, en todo aquello el historiador era lo de menos, y el coleccionador lo principal.

Por sombrío y sordo que fuese el cuchitril de la calle de Beaune donde se cerraba ordinariamente al trato, un observador no se hubiera

engañado. Aquella voz falsamente tranquila, sus labios secos que murmuraban: «A ver, enseñe usted,» el codicioso temblor de los dedos, revelaban la pasión invasora, transformada en manía, el temor duro y egoísta que coge y devora á su víctima en provecho de su desarrollo monstruoso.

Astier se transformaba en el Harpagón clásico y feroz, implacable para sí y para los suyos, haciéndose el pobre y subiendo al imperial de los tranvías, mientras que en dos años 160.000 francos de ahorros pasaban furtivamente al bolsillo del jorobado; y para tener un pretexto á los ojos de la señora Astier, de Co-rentina y de Teyssedro para las idas y venidas del hombrecillo, el académico le daba á encuadernar expedientes que se llevaba de modo que se viesen bien.

Entre los dos se valían de alusiones, de santo y seña especiales.

Albino Fage escribía en una tarjeta postal: —Tengo nuevos cierres que enseñarle; encuadernación del siglo XVI bien conservada y rara.

Leonardo Astier dudaba:

—Gracias. No necesito. Esperemos hasta nuevo aviso.

—No se moleste usted, caro maestro; veré si en otro lado...

A lo cual nunca dejaba de contestar el académico:

—Mañana temprano. No deje usted de llevar los cierres.

Esta era la parte triste de sus goces de coleccionista. Había que comprar, comprar siempre, so pena de ver pasar la colección milagrosa al poder de Bos, ó de Huchenard, ó de otros coleccionistas.

A veces, pensando en el día que le faltara dinero, increpaba al aborto, cuya cara impasible y llena de suficiencia le exasperaba:

—¡Más de 160.000 francos en dos años! ¿Y dice usted que esa señora necesita más dinero? ¿Qué vida lleva esa dama noble?

En aquellos momentos deseaba la muerte de la señora, ó el anonadamiento del encuadernador, ó una guerra, una *Commune*, un gran cataclismo social que se tragase toda la colección Mesnil-Case y á sus encarnizados explotadores.

Pues bien; ahora se acercaba el cataclismo: no el que él hubiese deseado, porque la suerte pocas veces tiene á mano lo que le pedimos, sino un siniestro y brusco desenlace, en el cual podían hundirse su nombre, su fortuna, su gloria, todo lo que él era y lo que tenía.

Y al verle marchando á grandes pasos al Tribunal de Cuentas, lívido, hablando alto, no devolviendo los saludos que otras veces mendigaba hasta el fondo de las tiendas, los librereros del muelle, los negociantes de estampas no reconocían á su Astier-Rehu, que no veía nada ni á nadie.

Imaginariamente cogía al jorobado por el cuello, le sacudía arrugando su hermosa corbata con alfiler de brillantes, y metiéndole en la cara sus *Carlos V*, deshonorados por las manipulaciones de Delpech, le gritaba:

—Y ahora, veamos: ¿qué tiene usted que decir?

Llegado á la calle de Lille, empujó la puerta de tablas desiguales de la empalizada que rodea el palacio, y cruzando el vestíbulo llamó y volvió á llamar, sobrecogido por el lúgubre aspecto del monumento, despojado de sus flores y sus

verduras, las viejas ruinas que se hundían, con fundiendo su herrumbre retorcida y sus enredaderas desnudas.

Un ruido de zapatos se arrastraba por el frío patio: apareció la portera, una mujer gruesa, que sin abrir la verja, y la escoba en la mano:

—¿Viene usted por el encuadernador? le dijo. No hay nada de eso en casa.

El tal Fage se había mudado sin dejar la nueva dirección: precisamente la gruesa portera estaba limpiando la casa para el que venía á sustituirle en el Tribunal de Cuentas, después de la dimisión del encuadernador.

Astier-Rehu, por quedar bien, tartamudeó algunas palabras. Un gran torbellino de pájaros negros cayó en el patio y cubrió su voz con chillidos estridentes y lúgubres, que resonaban en los corredores.

—Oiga las cornejas del hotel Padovani, dijo la mujer como saludando con respeto á los plátanos, cuyas ramas grises asomaban encima de las paredes de al lado. Este año llegan antes que la Duquesa. Señal de que vendrá pronto el invierno.

Astier se fué, lleno el corazón de espanto.

XII

Al día siguiente de aquella representación en que había querido dejarse ver sonriente después del desastre, dando á las mujeres de la sociedad una gran lección de decencia, la duquesa Padovani había salido para Mousseaux, como acostumbraba todos los años en la misma época. No retiró ninguna de las invitaciones hechas para la temporada; pero antes que llegase la primer serie, en los pocos días de soledad que solía dedicar á preparar minuciosamente la instalación de sus huéspedes, de la mañana á la noche, por aquel parque de Mousseaux que se extendía á lo largo de los collados del Loira, se vió el espectáculo extraño de sus correrías furiosas de animal herido y acosado, deteniéndose un momen-